LA FORMACIÓN LATINA DEL AUTOR DEL *CANTAR DE MIO CID*[1]

JOSÉ LUIS MONTIEL DOMÍNGUEZ
Universidad de Sevilla

FUENTES LATINAS Y FORMACIÓN RETÓRICA

PODEMOS SUPONER CON bastante fundamento que el autor del *Cantar de mio Cid* se formó en el *trivium* al igual que los autores del mester de clerecía, y que por ello leyó a historiadores, poetas y oradores clásicos como Salustio, Ovidio y Cicerón (Curtius, 1955: 80). Ello se demuestra, en primer lugar, por la dialéctica empleada en la escena de las cortes de Toledo, donde afloran los tópicos ciceronianos del *locus a natura* en la argumentación de los infantes de Carrión, o del *locus a nomine* en el chiste que hace el Cid con el nombre de Pero Bermúdez (Burke, 1991: 146). Además, debería ser práctica habitual de las escuelas de retórica inventar controversias y proponer preguntas como la que da pie a la causa judicial (Quintiliano, III, 11) del *Cantar*, esto es, «si el noble obra con derecho al repudiar maltratando a su esposa a causa de la superioridad de su linaje». Pero no solo la escena de las cortes se presta al influjo de fuentes clásicas, sino que para la afrenta de Corpes, por ejemplo, Deyermond y Hook (1981) presentaban algunas analogías con el mito de Filomena y Procne de las *Metamorfosis* de Ovidio, y Hook (1979) comparaba el arrojo de Pero Bermúdez en la batalla contra Fáriz y Galve con el del *aquilifer* de César en *De Bello Gallico*.

Por otra parte, como señaló Smith (1977), la toma de Capsa en el *Bellum Iugurthinum* (XC, XCI) sigue un guión semejante a la de Castejón, aunque se diferencia sobre todo en la clemencia final del Cid frente a la crueldad de Mario con los vencidos[2].

1. Agradezco particularmente a Alberto Montaner (Universidad de Zaragoza) sus comentarios y sugerencias bibliográficas en el curso de elaboración de esta comunicación, y la copia que me envió de un valioso estudio sobre la épica de frontera (Montaner, 2004). Asimismo, doy las gracias a Alfonso Boix (Universidad Jaume I), que amablemente me envió copia de un interesante trabajo suyo publicado en *Olivar*.

2. También César emplea esta clemencia («sua clementia ac mansuetudine»; *De Bello Gallico*, II, 14) con los vencidos. Demás está decir que tal virtud se exalta continuamente en Suetonio, cuando alaba el carácter

En cualquier caso, es el fragmento que más se aproxima al *Cantar* junto con el de Berceo de la *Vida de Santo Domingo de Silos*, el cual, según Montaner (1997: 1063), incorpora detalles del relato épico que no se hallan en la hagiografía latina de Grimaldo. Sin duda, Salustio formaba parte de la enseñanza retórica medieval, y es seguro su conocimiento por parte de una persona medianamente instruida. En cambio, Frontino, que es el señalado por Smith para Alcocer, es menos conocido e inclusive su lectura puede hasta confundir la interpretación correcta del episodio. Hay que decir que el Cid se las ingenia en una huida fingida de lo más común[3] (Baldwin, 1984; Valladares, 1984) para que los moros de Alcocer lo ataquen a fin de no contravenir así el sistema de parias, convirtiendo la refriega en un caso de legítima defensa, como he demostrado en otro lugar[4]. Respecto del siguiente pasaje problemático:

> Dando grandes alaridos, [a] los que están en la celada
> dexando van los delant, por el castiello se tornavan;
> las espadas desnudas, a la puerta se paravan,
> luego llegavan los sos, ca fecha es el arrancada
> (vv. 606-609)[5].

Añado entre corchetes la preposición para aclarar el sentido del segundo hemistiquio del v. 606. Son el Cid y Álvar Fáñez los que dan alaridos y se adelantan para tomar Alcocer que está sin protección. La sintaxis del pasaje contiene una anteposición del complemento directo de *dexar*. Estoy de acuerdo con Ramsden (1959) en que los de la celada son los moros que han caído en la trampa, no que haya algunos del Cid que estén supuestamente escondidos, como cree Smith para ajustarse mejor al texto de Frontino.

---

moderado y dulce («lenis adeo et innoxius») de Germánico (*Calígula*, 3), o bien cuando presenta a Tito como modelo de moderación y accesible a sus soldados. La nota de que el poder corrompe es la falta de moderación de algunos emperadores depravados. Chalon (1978: 490) cree más probable que el autor del *Cantar* se haya inspirado en los acontecimientos históricos de junio de 1081, es decir, los que preceden al primer destierro del Cid; en concreto, la incursión devastadora por el reino de Toledo en respuesta a una razia de los moros sobre el castillo de Gormaz (*Historia Roderici*, 10). Pero Chalon no acierta a desarmar la analogía estrecha entre el texto latino de Salustio y el episodio de Castejón. En cuanto al episodio de Alcocer, Corral y Martínez (1987) apoyan su historicidad sustentándose en los hallazgos arqueológicos del Valle del Jalón. Sin duda, el posible recuerdo de esos acontecimientos se ha mezclado con el influjo de fuentes clásicas para cumplir el propósito de ensalzar la maestría táctica del Cid, esencial para conseguir su honra militar, de la que proviene su prestigio y riqueza crecientes (Guglielmi, 1963-1965: 53).

3. Tito Labieno ejecuta también una huida fingida contra los trevirenses en *De Bello Gallico* (VI, 7-8) y en el contraataque se dice que súbitamente los romanos dando alaridos disparan sus dardos contra los enemigos: «Celeriter nostri clamore sublato pila in hostes immittunt» (VI, 8).

4. Montiel Domínguez, José Luis, «La toma de Alcocer», en *El Cid y el mundo de la épica*, ed. A. Montaner, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Burgos (en prensa). Recuérdese el pasaje célebre sobre la legítima defensa en el *Pro Milone* ciceroniano: «Est igitur haec, iudices, non scripta, sed nata lex; quam non didicimus, accepimus, legimus, verum ex natura ipsa adripuimus, hausimus, expressimus; ad quam non docti sed facti, non instituti sed imbuti sumus, —ut, si vita nostra in aliquas insidias, si in vim et in tela aut latronum aut inimicorum incidisset, omnis honesta ratio esset expediendae salutis. Silent enim leges inter arma; nec se exspectari iubent, cum ei qui exspectare velit, ante iniusta poena luenda sit, quam iusta repetenda» (*Pro Milone*, IV, 10-11).

5. Las citas proceden de la edición de Montaner (2007).

El móvil político, no solo el económico

El influjo de las fuentes latinas clásicas alcanza, como pretendo demostrar, no solo a la configuración de algunos episodios y a pequeños detalles[6], sino a aspectos fundamentales de la ideología del texto épico. El *Cantar de Mio Cid* presenta una ideología de frontera, próxima a la de los fueros de la familia Teruel-Cuenca, que exalta la honra militar adquirida por el propio esfuerzo y no heredado a causa del linaje, y que tiende a centrar la actividad bélica en el botín de guerra[7]. En realidad, esta ideología se aprecia mejor en el Cantar del destierro que en los siguientes[8]. La actividad guerrera del Cid en el destierro, donde efectivamente se dedica al pillaje y a la depredación al igual que los concejos de frontera, no es comparable a la actividad de defensa de la conquista de Valencia representada por las batallas campales contra el rey de Sevilla, Yúcef y Búcar, con independencia de que el triunfo siempre sonría al Campeador y de que siempre se enriquezca más aún. Nada honroso tenía para Minaya el botín de la cabalgada por el Henares y la conquista de Castejón, donde el Cid mata a quince moros asustados, ni tampoco la estratagema de Alcocer, pero ya en el cerco de Valencia el narrador nos dice orgulloso que «non ý avía art» (v. 1204), es decir, que asediaba hasta la rendición sin trucos ni estratagemas.

Ahora bien, cuando el Cid se convierte con la ayuda de Dios en señor de Valencia se introduce un nuevo foco de interés político, que confluye con los intereses reales de

6. Por ejemplo, el dejarse crecer la barba en señal de duelo como hace el Cid por haber sido desterrado, también le ocurre a César que no se afeita hasta vengar a las cohortes masacradas en Titurio (Suetonio, *César*, 672), o bien a Octavio a causa de la derrota en Germania de Varo Quintilio (Suetonio, *Augusto*, 232), tal vez a causa del descuido («socordia») que le achaca Veleyo Paterculo (*Historiae Romanae*, II, 117-120), o bien a Calígula por luto a la muerte de su queridísima hermana Drusila (*Calígula*, 24). También César mesa las barbas de sus enemigos sin ningún escrúpulo (Suetonio, *César*, 71).

7. No obstante, Montaner (2004: 13) reconoce que la actividad de los *estremadanos* no es de conquista y cristianización, como la del Cid (que rápidamente convierte Valencia en obispado), sino de pillaje y defensa del territorio fronterizo. Ubieto (1977) considera que el llamado «espíritu fronterizo» surge en la época de Alfonso II de Aragón con la fortificación (cinturón de seguridad) encargada a las órdenes del Temple, Santo Redentor, Hospitalarios, Calatrava, de la frontera entre Aragón y Valencia, con vistas a la reconquista de Valencia, empresa promovida por los reyes de Aragón. Por ejemplo, al donar Alcañiz se hace para que: «se defienda y exalte la Cristiandad y se oprima la tierra y gente de los paganos» (*apud* Ubieto, 1977: 109), y al noble Blasco de Alagón y al obispo de Zaragoza se conceden los castillos que arrebatasen a los moros en tiempos de Pedro II y de Jaime I (Ubieto, 1977: 109-110). Ese espíritu reconquistador de frontera (de arrebatar las tierras colindantes a los moros) aparece h. 1200, y se estimula con amplias concesiones y donaciones a los reconquistadores; pero no es comparable la acción de gente rebelde, incontrolada, aventureros, etc., como el desterrado Blasco de Alagón entre 1229-1233, que iban a enriquecerse por su cuenta a tierras de moros, con la conquista cidiana, que de acuerdo con el *Cantar* no puede sino estar sometida al poder regio de Alfonso VI.

8. Esta distinción en la perspectiva de caracterización del héroe entre el primer cantar y los dos restantes es subrayada también por Alfonso Boix, que destaca la oposición entre el nomadismo del destierro frente al «hogar» valenciano, y concluye que «El Cid es un héroe completo tanto militar como moralmente que demostrará que no solo sabía atacar poblaciones y defender conquistas, sino también a su familia y sus gentes: el perfecto señor de la guerra y el perfecto señor feudal» (Boix, 2007: 191). Como puede advertirse, Boix subraya la faceta familiar y feudal del Cid a partir de la conquista de Valencia, pero no habla del móvil político de reconquista representado por la figura del rey Alfonso aliado con el Cid, en lo cual yo incido particularmente.

reconquista. Nos hallaríamos, pues, aquí ante un caso de *perspectivismo*[9] en que seguiría existiendo un móvil económico para los mesnaderos[10], los infantes de Carrión, e incluso para las hijas casaderas del Cid y sus dueñas, que contraen ricos matrimonios; un móvil cruzado de guerra santa para el obispo don Jerónimo –aunque, como ya sabemos, Dios siempre había estado de parte del Campeador; y desde luego, finalmente, un móvil político que va asumiendo el Cid al servir a su señor, siéndole leal y defendiendo Valencia. No es extraño que la motivación cambie en el héroe conforme se produce su ascenso social, el cual molesta terriblemente a los ricos hombres enemigos suyos en la corte –«En la ondra que él ha nós seremos abiltados» (v. 1862). A mi juicio, el Cid épico no se mueve únicamente por intereses individuales, o con fines materiales, ya que quedaría sin explicación la paradójica lealtad hacia el rey por parte de un desterrado. Habría, pues, que matizar la estimación del móvil económico, después que el Cid se haya levantado por sus propios méritos de la caída del destierro[11]. Por ello, conviene repasar aquellas palabras que Alfonso VI le dice a Minaya después de conocer la victoria sobre Yúcef:

> Grado al Criador e al señor Sant Esidro el de León
> estos dozientos cavallos que m'enbía mio Cid;
> mio reino adelant mejor me podrá servir
> (vv. 1867-1869).

El adverbio *adelant* (v. 1869) presenta valor espacial dentro de una construcción absoluta del primer hemistiquio en la que se ha elidido el verbo *ir*, de modo que interpreto 'me podrá servir mejor si procura que mi reino vaya adelante, es decir, se engrandezca'; compárese con el reproche del rey dirigido al conde García Ordóñez : «que en todas guisas mijor me sirve que vós!» (v. 1349). En esta voluntad de servicio del Cid encuentra el monarca su deseo personal de una expansión del territorio, de una reconquista a la que el Cid contribuye en efecto con la defensa de Valencia de los ataques almorávides, y que parte de la nobleza vitupera o no reconoce. Luego, después de las cortes de Toledo, cuando el Cid quiera regalarle su caballo Babieca[12], el rey rechazará el cumplido gustosamente

9. Sobre esta noción de *perspectivismo* puede ser útil releer el capítulo sobre el baciyelmo de Mambrino de *El pensamiento de Cervantes* de don Américo Castro.

10. También César hace un llamamiento a los pueblos comarcanos para combatir a los eburones por el botín («spe praedae»), y mucha gente acude («Magnus undique numerus celeriter convenit»; *De Bello Gallico*, VI, 34). Pero la clave ideológica del *Cantar* es que la honra militar se gana combatiendo, y la riqueza es efecto, no causa de la honra. Las continuas referencias narrativas al creciente botín del Cid y de los suyos se sitúan en el colofón de las batallas como una forma estereotipada de magnificar el triunfo, al igual que el número también creciente de enemigos derrotados. Creo que son elementos intensificadores propios de narraciones épicas.

11. El león podría representar simbólicamente la positiva recuperación de la honra: «The beast [el león], signifying on the one hand destruction and on the other awakening and resurrection, symbolizes a process, which when viewed from another perspective is analogous to the pattern of descent-ascent that the hero undergoes in the first part of the poem and that is repeated in a more symbolic mode in the second» (Burke, 1991: 123). Domeñar a la fiera es desde luego un buen presagio que le augura el imperio, como Suetonio dice de Vespasiano: «Cenante rursus bos arator decusso iugo triclinio irrupit, ac fugatis ministris quasi repente defessus procidit ad ipsos accumbentis pedes cervicemque summisit» (Suetonio, *Vespasiano*, 5). Según la traducción de Castro (2010: 519-520): «Otra vez, mientras cenaba, un buey de labranza irrumpió, tras haberse sacudido el yugo, en la sala del triclinio, y habiendo puesto en fuga a los sirvientes, se derrumbó, como si súbitamente se hubiese agotado, a los mismos pies de Vespasiano, que se hallaba recostado, y le sometió la cerviz».

12. LaRubia-Prado (2008: 292, n. 25) ha destacado la figura centáurica del caballero unido a su caballo, apoyándose en la misión espiritual de la caballería de Llull, como baluarte religioso y político, en función de sus éxitos militares que procuran la expansión del reino.

porque tal caballo debe pertenecer sin duda a quien con sus victorias fortalece los dominios del rey o los amplía:

> Si a vós le tolliés, el cavallo non havrié tan buen señor,
> mas atal cavallo cum ést pora tal commo vós,
> pora arrancar moros del canpo e ser segudador;
> quien vos lo toller quisiere, no·l' vala el Criador,
> ca por vós e por el cavallo ondrados somos nós
> (vv. 3517-3521).

Por tanto, considero que la constante afirmación del mérito personal, esa ética característica del género épico, se subordina necesariamente al móvil político: la hazaña colectiva de ayudar al engrandecimiento del reino y a la lucha contra los almorávides. En esto coinciden básicamente el rey y el Cid, y constituye el fin político que sustenta la definitiva reconciliación entre ambos. Ese interés por el Estado es una de las notas caracterizadoras de la retórica antigua, como se puede apreciar en muchos discursos ciceronianos y en historiadores como Salustio.

La ideología del mérito personal en Salustio

El *Cantar de Mio Cid* no es un poema antinobiliario, pese a que se ataca duramente a un sector concreto de la alta nobleza: el bando de los Beni-Gómez (Lacarra, 1980: 147; Harney, 1987: 219 y Rodríguez-Puértolas, 1976: 31-32). Por supuesto, no debería imputarse a todos los ricos hombres del *Cantar* el carácter derrochador de los infantes y su falta de liquidez, ni tampoco la falsa apreciación del propio esfuerzo, ni el desmedido orgullo sin honra, ni el desinterés político o la incapacidad de comprometerse en una empresa colectiva de reconquista, ni el excesivo apego a las glorias del pasado. En realidad, los infantes de Carrión no merecen enriquecerse, pues no contribuyen al bien común. Las críticas que sobre ellos recaen inciden, en definitiva, en la falta de cortesía con sus mujeres a las que injurian escudándose en su alta nobleza, y en la carencia de las virtudes clásicas del caballero: el equilibrio o mesura entre *sapientia et fortitudo*. Por el contrario, al autor del *Cantar* le interesa presentarnos al Cid como un representante de la baja nobleza, un infanzón, pese a que el Cid histórico fuese en realidad un terrateniente, que reúne por el contrario todas las cualidades de las que carecen los infantes. Asur González lo asocia con un vulgar propietario de molinos en el río Ubierna que se hace rico guerreando, una especie de advenedizo que llega a ser señor de Valencia y a emparentar con los Beni-Gómez sin ser rico hombre. No sabemos qué haya en esto de mentalidad burguesa[13] opuesta al

13. Molho (1977) y Catalán (2002) defienden que el *Cantar* transmite la ideología de la revolución burguesa en contra de doña Urraca, y favorable a Alfonso I el Batallador. Reflejaría, pues, las inquietudes de los «caballeros pardos» de la Extremadura soriana o de los burgueses de Carrión, Sahagún, Segovia, Burgos, San Esteban de Gormaz o Medinaceli, partidarios de Alfonso I y de una mentalidad mercantilista. Pero el Cid no es un mercader, sino un guerrero. Debe notarse, sin embargo, que esta interpretación es deudora de la concepción pidaliana del *Cantar*, de su fecha de redacción y de su geografía. Pero que esos burgueses hayan suscitado una «gesta anticastellana» (Molho, 1977: 255), de un vasallo modelo de lealtad al rey de Castilla, no tiene ningún sentido. Molho está prendado de ese Cid del destierro y disidente, que deja de serlo en los últimos 2.000 versos del *Cantar*.

inmovilismo social de los viejos aristócratas, pero está claro que en este escenario se defendía mejor la ideología caballeresca del esfuerzo personal por encima del mérito heredado.

No obstante, dicha mentalidad no es privativa de los infanzones del s. XII, sino que la hemos podido encontrar en un nuevo pasaje del *Bellum Iugurthinum*, distinto al que adujo Smith como fuente para el episodio de Castejón, y que transmite las claves de esa ideología contraria a la arrogancia de parte de la aristocracia romana, que se situaba de forma egoísta por encima de los intereses del Estado, como reprendía Salustio a los descendientes de nobles familias que empañaban el mérito de sus antepasados (ed. Segura, 1997: 17-19)[14]. Se trata de la arenga de Mario (*Bellum Iugurthinum*, LXXXV) el héroe popular, que dirige a la plebe cuando se le encomienda la misión de enfrentarse a Jugurta.

En la traducción literal al castellano, he añadido algunos versos de referencia para efectuar la comparación más fácilmente, aunque podrían añadirse otros paralelos que no consigno. Deseo remarcar la importancia de este texto que hasta ahora no se había propuesto como posible fuente del *Cantar*. Primero distingue Mario los que están protegidos por pertenecer al círculo de la nobleza, de aquellos que como él dependen de sí mismos, son *homines noui* que confían únicamente en su *virtus*:

> Ad hoc, alii si deliquere, vetus nobilitas, maiorum fortia facta, cognatorum et adfinium opes, multae clientelae, omnia haec praesidio adsunt; mihi spes omnes in memet sitae, quas necesse est virtute et innocentia tutari; nam alia infirma sunt ($LXXXV_4$).
>
> Además, si otros cometieron alguna falta, *su* antigua nobleza, los hechos valerosos de sus antepasados («Los de Carrión son de natura tal, / non ge las devién querer sus fijas por varraganas», vv. 3275-3276) los recursos de sus parientes y aliados, *sus* numerosas clientelas, todas estas cosas *les* sirven de ayuda («e con ellos grant bando que aduxieron a la cort», v. 3010); para mí todas las esperanzas *están* puestas en mí mismo, las cuales es necesario mantener con el valor y con la integridad; pues las demás *ayudas* son débiles («¡Yo só Ruy Díaz, el Cid Campeador!», v. 721) (ed. García Álvarez, 1991: 261).

Sigue argumentando Mario que sus servicios son útiles a la República –«quippe mea benefacta rei publicae procedunt», $LXXXV_5$–, pese a los ataques de la nobleza por habérsele otorgado el mando de la guerra contra Jugurta en lugar de a un aristócrata sin experiencia militar –«hominem veteris prosapiae ac multarum imaginum et nullius stipendi», $LXXXV_{10}$–. Al contrario que este, él no va a ofrecer bonitas palabras sino prácticos hechos militares:

> Conparate nunc, Quirites, cum illorum superbia me hominem novum. Quae illi audire aut legere solent, eorum parte vidi, alia egomet gessi; quae illi litteris, ea ego militando didici. Nunc vos existumate facta an dicta pluris sint. Contemnunt novitatem meam, ego illorum ignaviam; mihi fortuna, illis probra obiectantur ($LXXXV_{13-14}$).
>
> Comparad ahora, ciudadanos, a mí, hombre nuevo, con el orgullo de aquellos («Ellos son mucho urgullosos e an part en la cort», v. 1938). Las cosas que ellos suelen oír o leer, yo he visto parte de ellas, yo mismo realicé otras; lo que ellos *aprendieron* por la literatura, yo lo aprendí haciendo campañas. Ahora vosotros pensad bien *si* los hechos o las palabras son de más *valor* («¡Lengua sin manos, cuémo osas fablar!», v. 3328). Desprecian mi novedad (humilde origen) («Fuesse a río d'Ovirna los molinos picar», v. 3379), yo la inacción de

14. Oliver (2008: 73) llega a afirmar que «el considerar que la nobleza no se hereda sino que se adquiere con el propio esfuerzo», ¡no es admitido en la sociedad occidental!

> ellos; a mí la fortuna (mi condición), a ellos los oprobios (infamias) son reprochados («que en todas guisas mijor me sirve que vós!», v. 1349) (ed. García Álvarez, 1991: 265).

Mario dice que los antepasados de estos que desprecian a los *homines noui* ganaron la nobleza de su linaje precisamente con su propio esfuerzo:

> Quod si iure me despiciunt, faciant idem maioribus suis, quibus, uti mihi, ex virtute nobilitas coepit (lxxxv$_{17}$).
>
> Que si me desprecian con razón, que hagan lo mismo con sus antepasados, para los cuales, como a mí, la nobleza comenzó por el mérito («De natura sodes de los de Vanigómez, / onde salién condes de prez e de valor», vv. 3443-3444) (ed. García Álvarez, 1991: 267).

Llama a los nobles corrompidos por el orgullo –«corrupti superbia», LXXXV$_{18}$–, envidiosos de la dignidad concedida –«Invident honori meo», LXXXV$_{18}$; «Por malos mestureros de tierra sodes echado» (v. 267)–, que intentan lograr la recompensa de la virtud con ningún esfuerzo. Estos nobles siempre hacen discursos en elogio de sus antepasados frente a los cuales se pone en evidencia su dejadez –«socordia», LXXXV$_{22}$. En cambio, Mario se enorgullece de haberse labrado su nobleza con hazañas propias, sin que la haya heredado de sus antepasados. Además, replica a esos nobles que han censurado la decisión de la plebe de concederle el honor de combatir a Jugurta, que él no presentará como garantía ni las estatuas ni los triunfos de los antepasados, sino sus lanzas y sus heridas. Mario conoce la dureza de la vida militar y recompensará justamente a sus soldados, como también hace el Cid, siguiendo el ejemplo de los buenos generales de Roma:

> At illa multo optuma rei publicae doctus sum: hostem ferire, praesidia agitare, nihil metuere nisi turpem famam, hiemem et aestatem iuxta pati, humi requiescere, eodem tempore inopiam et laborem tolerare. His ego praeceptis milites hortabor, neque illos arte colam, me opulenter, neque gloriam meam, laborem illorum faciam (LXXXV$_{33-34}$).
>
> En cambio he sido instruido en aquellas *artes* con mucho las mejores para la República: herir a un enemigo, conducir guarniciones, *no* temer nada excepto una reputación vergonzosa, sufrir igualmente el invierno y el verano, descansar en la tierra, soportar al mismo tiempo la privación y la fatiga («vassallos tan buenos por coraçon lo an, / mandado de so señor todo lo han a far», vv. 430-431). Yo exhortaré a *mis* soldados con estos preceptos («¡Firidlos, cavalleros, todos sines dubdança!», v. 597) y no los trataré a ellos severamente, y a mí con esplendidez, ni haré la gloria *cosa* mía, y la fatiga de ellos («¡Dios, qué bien pagó a todos sus vassallos, / a los peones e a los encavalgados!», v. 806-807) (ed. García Álvarez, 1991: 271).

De modo que le es preciso concluir que el mérito no se hereda[15]. Para Mario la elegancia es cosa de mujeres, el trabajo propio de los hombres. En el *Cantar* se da una continua atribución de notas femeninas al comportamiento de los infantes, sobre todo, en la analogía entre el temor de las mujeres al contemplar el ejército enemigo y el mismo temor de los infantes de Carrión. La nobleza está degenerada por los vicios, entregada a los banquetes y a la molicie:

> Nam ex parente meo et ex aliis sanctis viris ita accepi, munditias mulieribus, laborem viris convenire, omnibusque bonis oportere plus gloriae quam divitiarum esse; arma, non

15. Harney (1987: 190) opina: «For the Cid and his men (and, we may assume, for the author and his audience) *ondra* as achieved personal status accrues to the individual only, and is not transmissible to the subsequent generations». Los infantes deben su honra a sus ancestros y a su digno suegro.

> supellectilem decori esse. Quin ergo, quod iuvat, quod carum aestumant, id semper faciant: ament, potent; ubi adolescentiam habuere, ibi senectutem agant, in conviviis, dediti ventri et turpissumae parti corporis; sudorem, pulverem et alia talia relinquant nobis, quibus illa epulis iucundiora sunt (LXXXV$_{40\text{-}41}$).
>
> En efecto de mi padre y de otros varones respetables aprendí así, que las elegancias convenían a las mujeres, el trabajo a los hombres, y que convenía que más de gloria que de riquezas fuese para todos los buenos; que las armas, y no el ajuar servían de adorno («yo quiéroles dar axuvar tres mill marcos de oro», v. 2571; «Darvos he dos espadas, a Colada e a Tizón», v. 2575). Así pues, lo que *les* agrada, lo que estiman de valor, *que* lo hagan siempre: que enamoren, que beban; que pasen la vejez allí, donde tuvieron la juventud, en los banquetes, entregados al vientre y a la más vergonzosa parte de *su* cuerpo («vermejo viene, ca era almorzado, / en lo que fabló avié poco recabdo», vv. 3375-3376); que nos dejen el sudor, el polvo y otras cosas parecidas, *a nosotros*, para quienes aquellas cosas son más agradables que los festines («¿Vedes el espada sangrienta e sudiento el cavallo? / Con tal cum esto se vencen moros del campo», vv. 1752-1753) (ed. García Álvarez, 1991: 275).

Por tanto, estas personas representan un peligro para la República y son altamente perjudiciales para sus intereses. Con Mario al frente en Numidia se va a evitar lo que protegía a Jugurta, a saber, los males del ejército romano hasta ese momento: la avaricia, la ignorancia del arte militar y la soberbia –«avaritiam, inperitiam atque superbiam», LXXXV$_{45}$–. Hace un llamamiento a los que están en edad militar para defender los intereses de la República, a los cuales promete que no abandonará en el combate:

> Et profecto dis iuvantibus omnia matura sunt: victoria, praeda, laus. Quae si dubia aut procul essent, tamen omnis bonos rei publicae subvenire decebat (LXXXV$_{48}$).
>
> Y ciertamente, ayudando los dioses, todas las cosas están maduras: la victoria, el botín, la gloria. Las cuales aunque fuesen dudosas o lejos, sin embargo convendría que todos los buenos ayudasen a la República («mio reino adelant mejor me podrá servir», v. 1869) (ed. García Álvarez, 1991: 277).

Conclusión

Así pues, la ideología del mérito personal aparece muy clara en Salustio, texto que podría haber aprovechado el autor para otro episodio del *Cantar de mio Cid*. He aquí una nueva vía de explicación, la procedente del bagaje latino de las escuelas de retórica, además de la ya apuntada del espíritu fronterizo, para dar cuenta de la adopción de una ideología contraria al desmedido orgullo de linaje y exaltadora de la honra ganada por el propio esfuerzo. Por ello, la ideología del *Cantar* puede apoyarse no solo en la circunstancia contemporánea de la frontera, sino también en la formación latina de su autor.

Bibliografía

Baldwin, Spurgeon, «Deception and ambush: The Cid's tactics at Castejón and Alcocer», *Modern Language Notes*, XCIX (1984), pp. 381-385.

Boix Jovaní, Alfonso, «Rodrigo Díaz, de señor de la guerra a señor de Valencia», *Olivar*, X (2007), pp. 185-192.

Burke, James F., *Structures from the trivium in the Cantar de mío Cid*, University of Toronto Press, 1991.

Cantar de Mio Cid, ed. A. Montaner Frutos, Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, Barcelona, 2007.

Catalán, Diego, *El Cid en la historia y sus inventores*, Fundación Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 2002.

Chalon, Louis, «Le poète du *Cantar de mio Cid* s'est-il inspiré de Salluste?», *Le Moyen Âge*, LXXXIV (1978), pp. 479-490.

Cicerón, Marco Tulio, *La invención retórica (De inventione)*, trad. Salvador Núñez, Gredos, Madrid, 1997.

Corral Lafuente, José Luis y Francisco Martínez García, «Geografía e Historia en el *Poema de mio Cid*: La localización de Alcocer», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, LV (1987), pp. 43-64.

Curtius, Ernst Robert, *Literatura europea y Edad Media latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1955, 2 vols.

Deyermond, Alan D. y David Hook, «The *Afrenta de Corpes* and other stories», *La Corónica*, X:1 (1981), pp. 12-37.

Epalza, Mikel de, «El Cid = El León: ¿Epíteto árabe del Campeador?», *Hispanic Review*, XLV (1977), pp. 67-75.

Garci-Gómez, Miguel, *«Mio Cid». Estudios de endocrítica*, Planeta, Barcelona, 1975.

Guglielmi, Nilda, «Cambio y movilidad social en el Cantar de Mio Cid», *Anales de Historia Antigua y Medieval*, XII (1963-1965), pp. 43-65.

Harney, Michael, «Class conflict and primitive rebellion in the *Poema de Mio Cid*», *Olifant*, XII (1987), pp. 171-219.

Historia Roderici vel Gesta Roderici Campidocti, ed. E. Falque Rey, en *Chronica Hispana saeculi XII*, eds. E. Falque, J. Gil y A. Maya, Brepols, Turnhout, 1990, pp. 1-98.

Hook, David, «Pedro Bermúdez and the Cid's standard», *Neophilologus*, LXIII (1979), pp. 45-53.

LaRubia-Prado, Francisco, «Gift-giving diplomacy: The role of the horse in the *Cantar de mio Cid*», *La Corónica*, XXXVII:1 (2008), pp. 275-299.

Molho, Maurice, «El Cantar de Mio Cid poema de fronteras», en *Homenaje a don José María Lacarra de Miguel en su jubilación del profesorado*, Anubar, Zaragoza, vol. I (1977), pp. 243-260.

Montaner Frutos, Alberto, «Un posible eco del *Cantar de mio Cid* en Gonzalo de Berceo», en *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Alcalá de Henares, 12-16 de septiembre de 1995)*, II, Universidad de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares, 1997, pp. 1057-1067.

——, «Introducción a la épica de frontera (tradiciones románica, bizantino-eslava e islámica)», en *El eco de la épica en las literaturas y el folclore hispánico*, eds. P. Bádenas y E. Ayensa, Acrinet, Atenas; Reial Acadèmia de Bones Lletres, Barcelona, 2004, pp. 9-39.

OLIVER PÉREZ, Dolores, *El Cantar de Mío Cid: génesis y autoría árabe*, Fundación Ibn Tufayl, Almería, 2008.

PAVLOVI, Milija N. y Roger Walker, «Roman forensic procedure in the *cort* scene in the *Poema de Mio Cid* », *Bulletin of Hispanic Studies*, LX (1983), pp. 95-107.

QUINTILIANO, Marco Fabio, *Institutionis Oratoriae Libri XII. Sobre la formación del orador (ed. bilingüe)*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca y Caja Duero, Salamanca, 1996-2000, 5 vols.

RAMSDEN, H., «The taking of Alcocer (*Cantar de mio Cid*, versos 574-610)», *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXVI (1959), pp. 129-134.

RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS, Julio, «Poema de Mio Cid: Nueva épica y nueva propaganda», en *Literatura, historia, alienación*, Labor, Barcelona, 1976, pp. 21-43.

SALUSTIO CRISPO, C., *Guerra de Jugurta*, ed. Joaquín García Álvarez, Gredos, Madrid, 1988.

——, *Conjuración de Catilina. Guerra de Jugurta. Fragmentos de las "Historias". Pseudo Salustio: Cartas a César. Invectiva contra Cicerón. Pseudo Cicerón: Invectiva contra Salustio*, trad. Bartolomé Segura Ramos, Gredos, Madrid, 1997.

SUETONIO TRANQUILO, C., *Vida de los césares*, trad. D. Castro de Castro, Alianza, Madrid, 2010.

SMITH, Colin, «Fuentes clásicas de dos episodios del *Poema de Mio Cid*», en *Estudios cidianos*, Cupsa, Madrid, 1977, pp. 107-123.

——, «The choice of the Infantes de Carrión as villains in the *Poema de mio Cid*», *Journal of Hispanic Philology*, IV (1980), pp. 105-118.

The Latin Library, <http://www.thelatinlibrary.com> y *Perseus Digital Library*, <http://www.perseus.tufts.edu> [Las citas latinas remiten, en general, a las ediciones de estas dos páginas web a no ser que se indique expresamente].

UBIETO ARTETA, Antonio, «La creación de la frontera entre Aragón-Valencia y el espíritu fronterizo», en *Homenaje a don José María Lacarra de Miguel en su jubilación del profesorado*, II, Anubar, Zaragoza, 1977, pp. 95-114.

——, «El sentimiento antileonés en el *Cantar de Mío Cid*», en *En la España Medieval. Estudios dedicados al profesor don Julio González González,* I, Universidad Complutense, Madrid, 1980, pp. 557-574.

VALLADARES REGUERO, Aurelio, *La Biblia en la épica medieval española*, El Autor, Úbeda (Imp.: Reprografía N. Politécnica, Madrid), 1984.